



Antoni Amaro

LA LUNA

La Luna desde el trasfondo de los tiempos y en diferentes culturas ha simbolizado el Arquetipo de la Gran Madre.

EL ARQUETIPO DE LA GRAN MADRE

Del Arquetipo primordial emerge la figura de la “Gran Madre”, y por lo tanto la *imago* materna. Los elementos positivos y negativos se ordenan de tal manera que se pueden distinguir tres configuraciones del Arquetipo Femenino: la Buena, la Mala y la combinación de ambas. O sea, la **Madre Buena**, que contiene los elementos positivos femeninos, la **Madre Terrible**, que contiene los elementos negativos femeninos; y la **Gran Madre**, que contiene elementos positivos y negativos y que hace posible la síntesis de ambas imágenes. Las tres juntas forman un grupo arquetípico cohesionado (1).

La Madre Bondadosa



La Madre, al nivel concreto y, por extensión, la Madre Buena al nivel abstracto contiene en sí y protege, da a luz y alimenta. Es ella también quien determina cómo, cuándo y dónde se formará el individuo. Tradicionalmente, la crianza de los hijos ha sido responsabilidad de la madre. De esto se desprende entonces que, durante los primeros años de la vida, la figura de la Madre predomina en el desarrollo psicológico y biológico del individuo.

Psicológicamente hablando, la separación de la madre y de la hija (o el hijo) es la batalla más difícil para ambos. La madre, por una parte, después de tanta devoción y cuidado que le proporcionó a la criatura, se ve obligada a soltarla y liberarla. Esta, a su vez, también se ve forzada a independizarse. Sin la cooperación mutua, esta evolución no se puede llevar a cabo armónicamente. Siempre que la madre busca el bienestar del individuo, es la Madre Buena. De esta manera, se entiende cómo lo concreto y lo abstracto se funden hasta tal punto que vienen a representar la misma cosa.



La mujer es la Madre de la raza humana. Ella da y genera vida. Sin embargo, el ser humano depende de la Tierra y necesita de lo que nace de ella para poder sobrevivir. A causa de que la Tierra es también fuente de vida se la equipara a la mujer o viceversa, en su aspecto positivo.

A medida que el ser humano experimenta avances culturales, la imagen de la Madre Buena también sufre sus transformaciones. Dichos cambios, a diferencia de las Diosas mitológicas, toman un aspecto más espiritual. En otras palabras, damos un paso de la materialidad -fuente de vida biológica- a la espiritualidad -fuente de vida psíquica. En términos espirituales, entonces, la Madre Buena es Sofía, manantial de Sabiduría que inspira y conduce al hombre al conocimiento de la vida; en fin, es la Musa o Inspiración, que permite la transformación espiritual del hombre a través de la poesía, los sueños, la fantasía y las visiones (2).

La Madre Terrible



La Madre Terrible es la contraparte negativa de la Madre Buena. Pero, a diferencia de la Madre Buena, cuyas diversas manifestaciones tienen correspondencias concretas en el mundo externo, las variantes de la Madre Terrible emanan del mundo interno del individuo. En otros términos, la imagen de la Madre Buena parte de un hecho básico y visible de la relación humana entre madre e hijo. La Madre Terrible surge de la angustia, del miedo y del terror que el individuo siente dentro de su ser y ante el misterio de lo incógnito y de la muerte.

Estas figuras horripilantes subrayan la dimensión oscura y abismal de la vida y de la psique humana, así como el mundo, la vida, la naturaleza y el alma sintieron las fuerzas benévolas de la Madre Buena en forma de alimentación, amparo y calor. Lo



opuesto ocurre con la imagen de la Madre Terrible. Por eso, el individuo ve y siente el peligro y la destrucción de que es capaz la Madre Terrible. Se manifiesta en forma de muerte, caos, conflicto, pena, dolor y sufrimiento. La guerra, la enfermedad y el hambre, sobre todo, componen su batallón de aliados (3).

El simbolismo de la Luna

El Sol es siempre igual a sí mismo, no cambia, no tiene «devenir». La Luna, por el contrario, crece y decrece, desaparece, su vida está sujeta a la ley universal del devenir, del nacimiento y de la muerte. La Luna, como el hombre, tiene una «historia» patética, porque su decrepitud, como la del hombre, desemboca en la muerte. Durante tres noches no hay Luna en el cielo estrellado. Pero a esta «muerte» sigue un renacimiento: la «Luna Nueva». Esa desaparición de la Luna en la oscuridad, en la «muerte», no es nunca definitiva. Renace de su propia sustancia en virtud de su propio destino. Ese *eterno retorno* a sus formas iniciales, esa periodicidad sin fin hacen de la Luna el astro por excelencia de los ritmos de la vida. Por eso no es de extrañar que controle todos los planos cósmicos sujetos a la ley del devenir cíclico: aguas, lluvia, vegetación, fertilidad.

La espiral, por ejemplo, cuyo simbolismo lunar era ya conocido en época glaciaria, se refiere a las fases de la Luna, pero incluye a la vez los rasgos eróticos derivados de la analogía vulva-concha, los acuáticos (Luna = concha) y los de la fertilidad (doble voluta, cuernos, etc.). Una perla, llevada como amuleto por una mujer, la vincula a las virtudes acuáticas (concha), lunares (concha, símbolo de la Luna; creada por los rayos de Luna, etc.), eróticos, genésicos y embriológicos. Las «virtudes» de la Luna no se descubren a fuerza de análisis, sino por intuición; *la luna se revela* de manera cada vez más completa. Las analogías que se han ido creando en la conciencia arcaica adquieren resonancias en una serie de símbolos; por ejemplo, la Luna aparece y desaparece; el oso desaparece y reaparece; el caracol saca y esconde los cuernos; en su virtud, el caracol se convierte en el lugar de la teofanía lunar, como en la antigua religión mejicana, por ejemplo, en la que se representa al dios de la Luna, *Tecciztecal*, metido en una concha de caracol (4).



No obstante, la Luna, por el mero hecho de ser dueña de todas las cosas vivas y guía segura de los muertos, «teje» todos los destinos. No en vano aparece en los mitos como una inmensa Araña (imagen frecuente en un gran número de pueblos). Porque tejer no significa sólo predestinar (en el plano antropológico) y ensamblar realidades distintas (en el plano cosmológico), sino también *crear*, hacer salir de la propia sustancia, a la manera como la araña produce de sí misma su tela. ¿No es la Luna la creadora inagotable de las formas vivas? Ahora bien, como todo lo «tejido», las vidas pertenecen a un conjunto: tienen un destino. Las *Moirai*, que hilan el destino, son divinidades lunares. Homero (*Odisea*, VI, 197) las llama «las Hilanderas», y una de ellas lleva incluso el nombre de *Klothó*, es decir, «Hilanderera» (5).

Mitología griega de la Luna

Los mitos de la Luna son mitos de Diosas en toda su diversidad. A diferencia del principio masculino, que es único, claro y directo, el principio lunar femenino es múltiple, complejo y cambiante, como las fases cambiantes de la Luna. Los numerosos mitos de la Triple Diosa en nuestra tradición occidental describen el ciclo lunar y las tres fases o edades de lo femenino. Desde las tres Parcas que *tejen* la red de la vida, las tres Gracias y las tres Gorgonas en el mito de Perseo, hasta las tres Marías en el Antiguo Testamento y las tres brujas en Macbeth, la triplicidad se encuentra impregnada en la mitología de lo femenino.



El ciclo lunar, perpetuamente cambiante y sin embargo constante, ha servido para cristalizar a su alrededor un conjunto de mitos muy característico, con el que muchos de vosotros ya estaréis familiarizados. Es muy frecuente que las deidades lunares, que son habitualmente femeninas aparezcan formando tríadas, o con tres aspectos que reflejan las tres fases diferentes de la Luna: la Nueva, la Llena y la Creciente. Si jugamos con las imágenes que evocan estas tres fases, podremos ver cómo la Luna nueva, la traicionera Luna negra, estaba asociada con la Muerte, la Gestación, la Hechicería, y con la Diosa griega *Hécate*, que presidía los nacimientos y la magia negra. Después de su oscurecimiento, aparece la Luna creciente, delicada, virginal y prometedora, con su apariencia de estar preparada para dejarse fecundar por algo. Tiene la forma de un tazón, abierto a aquello que pueda penetrarlo desde afuera. La Luna creciente se vinculaba con la Diosa virgen *Core*, que fue secuestrada por *Hades*. La Luna llena, en contraste, tiene cierto aire de embarazada; es redonda y jugosa, lozana y madura, y podría dar a luz en cualquier momento. Es la Luna en su máximo poder, la cúspide del ciclo lunar, y estaba asociada con *Deméter* o *Perséfone*, la Diosa de la fertilidad, la Madre de todas las cosas vivientes. Después la Luna comienza a menguar, adelgazándose y oscureciéndose, hasta que de pronto deja de estar ahí. *Hécate*, la Vieja Bruja, recupera una vez más el poder; oculta en el mundo subterráneo, urde sus hechizos y va devanando el futuro desde la oscuridad (6).

El viaje psicológico lunar

El viaje psicológico lunar tiene dos fases importantes. La primera está relacionada con aprender a nutrirnos a nosotros mismos emocionalmente, y la segunda con la transformación emocional:

1. Carácter elemental. El carácter elemental femenino es la Madre que contiene, que protege, nutre y da a luz (7). Psicológicamente, la Luna rige el pasado, nuestra niñez y nuestras necesidades instintivas básicas y nuestros hábitos. La Luna describe lo que necesitamos para sentirnos seguros, nutridos y protegidos. La Luna describe cómo experimentamos nuestra madre, cómo somos criados, cuidados y alimentados. Y por supuesto que hay una conexión muy fuerte entre el alimento y el estado de ánimo. Tenemos que aprender a alimentar y criar a nuestra propia Luna. Solo entonces podemos estar lo suficientemente satisfechos para entregar apoyo emocional a otros. El carácter negativo estaría representado por la Madre castradora (la madre no deja que la hija (o el hijo) sea independiente o lo quiere destruir emocionalmente, como se refleja en el cuento de Blanca nieves)

2. Carácter transformador. Lo que es transformado se transforma hacia la individualidad. La madurez emocional y la retirada de las proyecciones del mundo exterior suponen una transformación anímica. De esta forma el carácter transformador de lo femenino se eleva del plano de la naturaleza al plano del espíritu (8). El carácter transformador se manifiesta de una forma positiva a través de la visión, la sabiduría y la inspiración (la carta de la Estrella en el Tarot) y de una forma negativa a través del éxtasis y la locura dionisiaca (la carta de la Luna en el Tarot). La **transformación emocional** (finalidad última del viaje lunar) se produce cuando el Héroe se introduce en



la Madre arquetípica y allí vuelve a nacer (*el primer nacimiento*, la iniciación por el agua).

Si aguanta en ese estado, paradójicamente matará a la Madre e irá al *Eterno-femenino*, es decir, más allá de la Madre, y allí experimentará el nacimiento a la conciencia del *Filius* o *Scintilla* que representa el primer resplandor del Sí-Mismo, el hijo aletargado que vive en las profundidades del inconsciente, y que sólo puede emerger a través de la integración del arquetipo del *Ánima*. Cuando el *Ánima* o *Ánimus* se ha integrado en grado suficiente el héroe puede experimentar la *vivencia total de vida*, que es la vivencia espiritual de lo femenino.

Bibliografía consultada

- (1) Erich Neumann (2009) *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, págs. 36-37. Madrid: Ed. Trotta
- (2) Página web: <http://jungmundoimaginal.blogspot.com.es/2013/05/la-gran-madre-como-arquetipo-en-erich.html>
- (3) Erich Neumann (2009) *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, págs. 153 y 155. Madrid: Ed. Trotta
- (4) Mircea Eliade (2010) *Tratado de Historia de las Religiones*, págs. 150-153. México: Ediciones Era
- (5) Ibid. pág. 174
- (6) Liz Greene (1993) *Las Luminares*, págs. 22-23. Barcelona: Ed. Urano
- (7) Erich Neumann (2009) *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, pág. 127. Madrid: Ed. Trotta
- (8) Ibid. págs. 211 y 283



Reconocimiento – NoComercial (by-nc): Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga un uso comercial. Tampoco se puede utilizar la obra original con finalidades comerciales.